

La vida consagrada del mañana

VÍCTOR M. MARTÍNEZ M., S.J.*

RESUMEN

La renovación de la vida consagrada impulsada por el Concilio Vaticano II ha sido una de las dinámicas más claras en la línea de continuidad de lo vivido desde el Concilio hasta nuestros días. Las disposiciones dadas por aquél fueron recibidas con gran entusiasmo y su puesta en práctica vino a traer todo un aire nuevo con renovado impulso y vigor en los deseos de vivir con fidelidad esta vocación de consagrados.

Una lectura del decreto *Perfectae caritatis*, nos coloca de frente con la adecuada búsqueda de identidad y sentido de la vida consagrada queriendo asumir la fuente original para responder con creatividad a los retos y desafíos que el mundo y la realidad actual nos hacen.

Palabras clave: *Vida consagrada, Iglesia, fidelidad, creatividad, renovación.*

Abstract

The renewal of consecrated life promoted by the Second Vatican Council has been one of the clearest dynamics in the line of continuity from the days of the Council down to our own days. The dispositions given by the Council were accepted very enthusiastically and their application to life brought in a new air

* Doctor en Teología, Universidad Gregoriana, Roma. Decano Académico, Facultad de Teología, Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, D.C. Oficina: Carrera 5 No. 39-00. Correo electrónico: vicmar@javeriana.edu.co

and a renewed impulse and vigor in the decision to live this vocation by consecrated men and women.

A reading of the decree Perfectae caritatis confronts us with the adequate search of identity and meaning of consecrated life, based on its original source in order to be able to creatively respond to the challenges set before us by present reality.

Key words: *Consecrated life, Church, fidelity, creativity, renewal.*

Es en el Concilio Vaticano II en donde por primera vez en la historia de los concilios la vida consagrada se aborda como estamento particular en la Iglesia para ser trabajada y sistematizada (Latourelle, 1989, pp. 25-64).

El decreto sobre la adecuada renovación de la vida religiosa viene a ser promulgado en la sesión solemne del 28 de octubre de 1965, ya en la etapa final del Concilio Vaticano II. Un arduo y largo camino se había recorrido desde el inicio de las propuestas, llegadas de todas partes del mundo a la comisión antepreparatoria del Concilio, hasta su aprobación definitiva con 2.321 votos favorables y cuatro adversos; el decreto titulado definitivamente *Perfectae caritatis* (AAS 58, 1966, pp. 702-703) avizoraba con esperanza una profunda renovación en la vida consagrada.

Mi pretensión es señalar cómo el documento conciliar, en su motivación y dinamismo, su espíritu y fuerza, su normatividad y doctrina, ha alimentado y animado a la vida religiosa para responder a los retos y desafíos que el mundo le ha venido presentando a lo largo de estos años. El Concilio logra ofrecer todo el fundamento y el impulso, la base y los elementos en el proceso que hoy se viene realizando en la vida consagrada.

En el gozne de cambio de milenio el trabajo elaborado en la antesala del Sínodo de los Obispos sobre Vida Consagrada, celebrado en 1994, fue claro testimonio de lo que el Concilio Vaticano II ha venido realizando en los religiosos y religiosas de hoy. Fruto de ese sínodo fue la exhortación apostólica "Vida consagrada" (*Ibidem*) de Juan Pablo II, la cual viene a constituirse en el documento oficial más reciente sobre la naturaleza y misión de la vida religiosa. Esta exhortación cita el texto conciliar 69 veces.

El entusiasmo y la apertura como fue recibido el Concilio al interior de la vida consagrada es muestra de un proceso claro de acogida a las disposiciones allí dadas. Un aire nuevo comenzó a sentirse en el interior de

conventos, abadías y monasterios. La mayoría de autores son unánimes en señalar cómo a partir del Concilio Vaticano II los cambios se han acelerado al interior de la vida consagrada, al subrayar un modelo donde la realización personal y la búsqueda de felicidad de sus miembros se obtiene por el camino del seguimiento radical de Jesucristo (Martínez, 2000, pp. 13-14).

Sin embargo, el proceso de asimilación e incorporación de las disposiciones conciliares en la vida de los religiosos no se realiza sin experimentar el dolor y el sufrimiento que ocasionan situaciones de crisis profundas, manifestadas en críticas que señalaban la vida consagrada como alienante e inadaptada; confrontaciones de modelos de vida religiosa que se empeñaban en la absolutización de sus posturas y en el desconocimiento o desobediencia de la autoridad. De ahí que se pudiera constatar a poco tiempo de celebrado el Concilio la resistencia al cambio, la inseguridad que producían las nuevas disposiciones, la desilusión de unos y la ilusión de otros ante los nuevos paradigmas que se imponían. Todo ello trajo como consecuencia los numerosos abandonos en este estilo de vida (Medellín, 12,9).

FIDELIDAD: LA ADECUADA RENOVACIÓN DE LA VIDA RELIGIOSA

Bajo la acción del Espíritu Santo y siguiendo los derroteros de la Iglesia, el Concilio da a conocer los principios bajo los cuales la vida consagrada ha de emprender este proceso de cambio y renovación.

La adecuada renovación de la vida religiosa comprende, a la vez, un retorno constante a las fuentes de toda vida cristiana y a la primigenia inspiración de los institutos y una adaptación de éstos a las cambiadas condiciones de los tiempos. (PC.2)

La mirada del Concilio se remontaba más allá del *aggiornamento* de constituciones, reglas, y textos institucionales. Observaba con toda claridad la necesidad de una renovación existencial que respondiera a los cambios del mundo, los interrogantes de la juventud, las nuevas circunstancias de la Iglesia y el conflicto de generaciones al interior de la misma vida religiosa, sin descuidar las raíces, las fuentes y el origen (Decloux, 1991, pp. 703-716).

El Concilio propone dar una mirada a las fuentes, una vuelta al origen; se trata de un nuevo comienzo: lo que hoy hemos denominado una fidei-

dad creativa (Vida consagrada, 37) al Evangelio de Jesús, a la experiencia de nuestros fundadores y al legado de sus tradiciones.

La renovación propuesta por el Concilio apuntaba a realizar la integración entre la riqueza de la herencia recibida y la adaptación a los cambios y transformaciones de los tiempos. Es así como la renovación quiere significar que la vida consagrada no está llamada a repetir o rehacer lo que los fundadores realizaron, sino a hacer lo que hoy harían en fidelidad al espíritu de Jesucristo para responder a las exigencias apostólicas de nuestro tiempo: fidelidad de vuelta a las fuentes que va más allá de afincarse en el retorno a las raíces; y creatividad de cara al futuro que va más allá de la ilusión en los ideales. Se trata de asumir con radicalidad los desafíos del momento presente, los retos apostólicos del vivir aquí y ahora la experiencia fundante, aquella que tocó a los fundadores (Ruiz, en Latourelle, pp. 801-815).

Están llamados los religiosos, en este amanecer del tercer milenio, a asumir la santidad de sus fundadores, a asumir con audacia y creatividad la respuesta que han de dar a los signos de los tiempos desde la dinámica de su espiritualidad. Van por el camino de sus fundadores cuando se sienten por ellos inspirados y animados, cuando vuelven a ellos como fuentes de las cuales fluyen sin cesar sus principios y enseñanzas, recreándose y rejuveneciéndose en el discernimiento espiritual para un mayor servicio de Dios y de su Reino.

Se constata así cómo desde hace tres decenios no pocas congregaciones lideradas por sus capítulos generales y serios especialistas, queriendo responder a las directrices del Concilio Vaticano II, han dado un impulso real a este proceso de renovación. Excelentes documentos dan muestra de ello. Sin embargo, la renovación exige mucho de cada uno de los consagrados: se espera un nuevo vigor, un nuevo "ardor" de cada uno de los miembros de una comunidad. Una mirada al corazón de la vida consagrada le llevará a preguntarse sobre su seguimiento, compromiso y testimonio, de cara a este proceso de renovación, pues de lo que se trata es de vivir personal y comunitariamente una auténtica experiencia fundacional (Martínez, 2002, pp. 13-23).

Este proceso de renovación revitaliza y anima a muchos consagrados en su seguimiento de Jesús. Se trata de responder con nuevos aires y nuevo impulso a los interrogantes ¿de dónde venimos? ¿quiénes somos? ¿qué hace-

mos? ¿para dónde vamos? El Concilio apuntaba así a responder a la búsqueda de sentido de la identidad propia de la vida consagrada. Nuestro sentido no es otro que la vivencia de la santidad a la que todos estamos llamados.

La caridad con que amamos a Dios y al prójimo es la única santidad que cultivan todos los que, guiados por el Espíritu Santo, siguen a Cristo en cualquier estado de vida y profesión a la que han sido llamados. (Medellín, 12, 1)

FIDELIDAD A JESUCRISTO

a) Como quiera que la norma última de la vida religiosa es el seguimiento de Cristo tal como se propone en el Evangelio, esa ha de tenerse por todos los institutos como regla suprema. (PC.2)

El fundamento de la vida consagrada es el seguimiento de la persona de Jesús; ha sido Jesucristo quien ha llamado a que le sigan, constituyéndose en el norte, origen y fin último del peregrinar de todo religioso. Es así como toda búsqueda de sentido en la consagración de un religioso tiene su base en el Evangelio.

La renovación que el Concilio subraya desea proponer al religioso la necesidad de pulsar el corazón desde el sentido último de su consagración, el núcleo medular de lo que ha de permanecer: el seguimiento radical de Jesús (Martínez, 1994, pp. 45-19). La experiencia de fe radical, en el seguimiento a Jesús y el servicio al Reino es la que sustenta la motivación, justificación y sentido de la vida religiosa. La vocación de todo consagrado es un don, gracia y regalo, confianza radical en el Dios de Jesús en el cual se ha de apoyar el proyecto de vida.

Todos los compromisos que se derivan de la consagración se afincan en esta experiencia radical de fe, de tal manera que toda la vida religiosa se hace testimonio de esa fe radical.

Renovar hoy la vida consagrada respondiendo a lo pedido por el Concilio Vaticano II exige fundamentarla en Jesucristo, sentido único de nuestro modo de ser y de proceder.

FIDELIDAD AL CARISMA CONGREGACIONAL

El Concilio afirma:

b) Cede en bien mismo de la Iglesia que los institutos tengan su carácter y función particular. Por lo tanto, reconózcanse y manténganse fielmente el espí-

ritu y propósito propios de los fundadores, así como las sanas tradiciones, todo lo cual constituye el patrimonio de cada instituto.

Los religiosos han de ser fieles al don del Espíritu en la Iglesia que es su congregación. Tal fidelidad reside en reconocer que son consagrados en virtud del don, del regalo que hace Dios a la humanidad. No son religiosos por sí mismos; lo son en virtud de su consagración por Dios, son gracia de Dios para el mundo, su confianza se ha de depositar en Dios, nuestro Señor, a quien sirven.

Siendo llamados a un estilo de vida determinado en una congregación particular, los consagrados han de ser fieles a ella. El Señor les ha llamado, es él quien les ha incorporado. No pertenecen a un club, no han sido afiliados a una asociación; han sido incorporados a un cuerpo apostólico en donde el legado espiritual, la tradición y el modo de proceder han de discernirse, de manera que sigan dando el fruto para el que fueron creados.

Las congregaciones fieles a su carisma han de continuar a lo largo de su historia tratando de responder de cara a sus fundadores: ¿Cómo reaccionarían ellos ante las corrientes actuales de la humanidad?

El Concilio ya vislumbraba la necesidad de cómo la vida consagrada, desde el carisma de sus fundadores, respondiera a una sociedad pluralista, a una época histórica pluricultural, donde el diálogo y el trabajo con lo otro y los otros, desde la diversidad y la diferencia se imponía. Es allí, inserta en un mundo cambiante, donde la vida religiosa ha de aportar desde lo que es; el carisma fundacional tiene algo que decirle al mundo actual, al aquí y ahora de la realidad eclesial y mundial.¹

La fidelidad a la congregación estaba exigiendo dar una mirada a las relaciones, considerarlas seriamente y pasar de aquellas relaciones ordinarias de indiferencia, negación del trato, distanciamiento y conflictos a relaciones propias de consagrados. Los consagrados han de ser fieles a la construcción de la fraternidad. Ésta sólo se logra desde una relación personal, humilde y paciente con los demás. No se puede vivir ignorando a los demás,

1. "Para decirlo con otras palabras, si el mundo espera algo especial de los religiosos, aunque no lo exprese, es que a partir de su propio género de vida, manifiesten cierta transparencia de Dios en su misma manera de hacerse presentes. Ciertamente no es fácil medir parámetros de eficacia; pero hasta cierto punto, lo pueden percibir quienes tienen cierta sensibilidad hacia este tipo de signos." (Decloux, 1996, p. 105)

alejados de ellos. No es evangélico y por tanto no es propio del modo de proceder de consagrados.

Renovar hoy la vida consagrada respondiendo al Concilio Vaticano II exige recrear el carisma para que siga siendo elocuente. Se ha de velar por la formación inicial y permanente, la manera de orar y de obrar, el ejercicio de la autoridad y el modo de discernir. La fidelidad a la congregación exige crear, mantener y estimular relaciones fraternas que contribuyan en la realización de la hermandad.

FIDELIDAD A LA IGLESIA

c) Todos los institutos han de participar en la vida de la Iglesia y, de acuerdo con su propio carácter, hacer suyos y favorecer según sus fuerzas las empresas y propósitos de la misma; por ejemplo, en materia bíblica, litúrgica, dogmática, pastoral, ecuménica, misional y social. (PC.2)

Jesús llamó a sus apóstoles como sigue llamando a muchos hombres y mujeres hoy. Él es el de la iniciativa, quien elige a los que desea que le sigan en estos comienzos del siglo XXI. Ayer, los discípulos y los fundadores y fundadoras de tantos institutos; hoy lo sigue haciendo con muchos otros. Así es como la vida consagrada está llamada a recrear en sí misma la imagen y realidad de la iglesia primitiva. No se trata de repetir la historia, de hacer coincidir los hechos, de forzar interpretaciones. Se trata de ser fieles al Espíritu.

El Espíritu Santo desciende sobre Jesús, lo unge, guía y alegra; es el Espíritu quien lo colma de su plenitud y, como en Jesús, también en la Iglesia encontramos la disponibilidad en seguir las inspiraciones y movimientos del Espíritu Santo, disposición para escucharle, prontitud para obedecerle.

Tal es la actitud de los fundadores: ser dóciles a la acción del Espíritu; es allí donde el proceso fundacional alcanza su punto culminante en la experiencia de vida que marca el origen de las congregaciones de vida consagrada. Eran exactamente los hombres –varones y mujeres– para lo que Jesús pretendía, pecadores llamados a ser seguidores de Jesús. Tal es la experiencia y toma de conciencia de la acción del Espíritu en ellos, que obran y actúan movidos por el Espíritu Santo.

Los fundadores han indicado cómo ha de ser el estilo de vida para aquéllos que desean abrazar su carisma, cuál es el objetivo de quienes se consagran, cómo se ha de proceder como consagrados desde la especifici-

dad de la vida del Instituto. Es así como se crea toda una dinámica que viene de los fundadores a quienes hoy desean vivir ese mismo estilo de vida. El proceso de fundación de las congregaciones no termina con la aprobación eclesial, ya sea pontificia o diocesana, de las fórmulas, constituciones, reglas o cualquier otro documento institucional. De cara al futuro presentan un reto, el de ser cumplidos, realizados, encarnados y vividos.

Son muchos los hombres y las mujeres que han sido llamados para la misión de estos tiempos, escogidos hoy por el mismo Jesucristo. No han sido llamados exclusivamente para quedarse admirando a sus fundadores, primera generación de gigantes, sino que por la fuerza del Espíritu están llamados a seguirles y responder hoy en la Iglesia pueblo de Dios y misterio de comunión (Madrigal, 2002, pp. 245-270), a los retos y desafíos que se les hace.

El Espíritu Santo impele a los religiosos, a nivel personal y comunitario, a llegar a ser, en sentido más pleno, los consagrados que han de ser. Para ello han de usar del discernimiento y actuar según la voluntad de Dios, como lo hicieron sus fundadores. Hoy, ellos, a su manera, ayudarán a que la vida consagrada se realice a sí misma, llegue a ser más madura cada vez, en estos tiempos y circunstancias que les ha correspondido vivir, porque cada día les pide una respuesta nueva desde esa vocación a la que han sido llamados.

La fidelidad a la Iglesia es ser fiel al Espíritu, es el tiempo de Pentecostés. Es tiempo de escuchar al Espíritu Santo que actúa en sus corazones. El Espíritu Santo actúa en los otros hermanos de congregación, en otros consagrados, en el Papa, los obispos y en toda la Iglesia. La fidelidad a la Iglesia les exige escuchar al Espíritu que les habla en el mundo, a través de los acontecimientos de la historia (Ellacuría, 1985); y el Espíritu es elocuente en toda la humanidad sin distinciones, ni diferencias.

Renovar hoy la vida consagrada respondiendo a lo pedido por el Concilio Vaticano II exige la participación en la vida de la Iglesia desde el fundamento real y verdadero de su carácter de consagrados. Se han de identificar con Jesucristo, con su mente y su corazón han de seguirle. He ahí la labor del Espíritu Santo: determinar el trabajo que tienen que hacer hoy, tratar de responder y acertar teniendo en cuenta personas, tiempos y lugares.

FIDELIDAD A LA MISIÓN

d) Los institutos promoverán entre sus miembros el conveniente conocimiento de la situación de los hombres y de los tiempos y de las necesidades de la Iglesia, de suerte que, juzgando sabiamente a la luz de la fe las circunstancias del mundo presente e inflamados de celo apostólico, puedan ayudar más eficazmente a los hombres. (PC.2)

La renovación de la acción apostólica de todo consagrado, como lo muestra el Concilio, ha de tener por parte del religioso una mirada suficientemente abarcadora y profunda del mundo y sus circunstancias. El ser fiel en el seguimiento del Señor le exige serlo según las personas, los tiempos y lugares. Hoy el celo apostólico ha de ser respuesta a los nuevos desafíos, nuevas interpelaciones y exigencias de las distintas variables del mundo en que vive el consagrado.

Es así como la respuesta desde la fidelidad a Dios, fuente de su vida congregacional, no puede desconocer el mundo y su situación, la historia y su acontecer. Preguntarse por su razón de ser. ¿Qué significa ser consagrado? ¿Qué es ser consagrado hoy?

Necesariamente esta mirada le llevará a la experiencia primigenia, a aquella que le señala claramente lo que está llamado a ser. De nuevo el corazón quiere afincarse en los orígenes, sin mayor pretensión que volver al amor primero. El llamado que Dios le hizo para su vocación es una misión. Su vida consagrada es para una misión, ha sido llamado para ser enviado.

El consagrado no es otra cosa que servidor de la misión de Cristo. Su misión hoy no puede desconocer el diálogo con los otros, la justicia y la cultura.² Está llamado a responder a un mundo que necesita construirse a partir del encuentro, la convivencia, la concertación, el arte de sabernos escuchar; a responder a una cultura cuyo tejido se realiza en el movimiento diario de la convergencia de ejes diversos, polifacéticos, donde el aporte y la participación para construir la verdad surgen de diferentes niveles que han de ser acogidos, el arte de la inculturación; a responder a la justicia en una realidad donde la presencia de muerte, esclavitud y desunión son pro-

2. Un aporte valioso a este respecto lo encontramos en "Congregación General XXXIV. Nuestra misión y la justicia", en *Apuntes Ignacianos*, Número 15, Año 5, septiembre-diciembre de 1995 y "Congregación General XXXIV. Nuestra misión y la cultura", No. 16, Año 6, enero-abril de 1996, Centro Ignaciano de Reflexión y Ejercicios- CIRE, Bogotá.

ductos reales de la injusticia generalizada en diversos órdenes, el trabajo por la promoción de la justicia que adquiere acciones reales en favor de la paz, el arte de la solidaridad (Madera, 2002).

Ser servidor de la misión de Cristo es ser libre para entregarse, libre de todo interés, libre para alcanzar a todos los hombres y mujeres que necesitan de su presencia. Esto, en fidelidad a la misión de construir la paz como cuerpo enviado, con Dios como único apoyo y fuerza, que le anima y sopesa sus recursos. Es así como un proyecto apostólico común encuentra su sentido en afrontar el futuro de las obras, contar con las fortalezas y debilidades y poder seguir afianzándose en sus posibilidades.

Ser fiel a la misión desde sus congregaciones exige un trabajo en equipo. Una mirada al equipo de trabajo apostólico le sitúa de frente con ese "hacer juntos". El religioso entra en relaciones de trabajo frente a frente con otros colegas religiosos y no religiosos. Los equipos apostólicos han dejado de estar formados exclusivamente por religiosos; hoy incluyen colegas laicos. La tarea particular es contribuir al trabajo de conjunto, la tarea común es funcionar como una unidad.

El llamado para servir exige a los consagrados estar permanentemente abiertos en todas aquellas direcciones en donde puedan actualizar su carisma. La fidelidad a la misión les empuja a inventar, a movilizarse, a inquietarse constantemente porque siempre hay más servicio que prestar. Se trata de una exigencia de peregrinar, de ponerse en camino, de ser siempre caminantes en búsqueda, queriendo responder a un mayor servicio.

Ser peregrinos con el Peregrino en la fidelidad es ponerse al paso de Dios con el discernimiento debido y la suficiente disponibilidad para dejarse llevar por el Espíritu. Él es quien nos conduce como quiere y donde él quiere.

Renovar hoy la vida consagrada en respuesta al Concilio Vaticano II exige de los miembros de los institutos actuar con coherencia desde su modo de proceder, discerniendo los signos de los tiempos y descubriendo en ellos una exigencia apostólica de creatividad. Siempre insatisfechos ante las metas logradas, han de estar en constante deseo de impulsar y redescubrir, redefinir y alcanzar los mejores medios para lograr el fin que se han propuesto: la construcción del Reino. No hay límite ni frontera alguna que les detenga en crear nuevas oportunidades, nuevos motivos, nuevos pretextos

para alegrarse de sembrar allí la semilla del Reino. Se trata de implementar aquella audacia que genera el trabajo por el Reino, la osadía y el vigor que nutre y alimenta su actividad apostólica.

FIDELIDAD A LOS CONSEJOS EVANGÉLICOS

e) Ordenándose ante todo la vida religiosa a que sus miembros sigan a Cristo y se unan con Dios por la profesión de los consejos evangélicos, hay que considerar seriamente que las mejores acomodaciones a las necesidades de nuestro tiempo no surtirán efecto si no están animadas de una renovación espiritual, a la que hay siempre que conceder el primer lugar en la promoción de las obras externas. (PC.2)

547

El seguimiento de Jesucristo desde la vocación a la vida consagrada exige dejarlo todo, darlo todo por amor a Dios y a su Reino. Se trata de vivir la dinámica del vaciamiento, el religioso ha de vaciarse de todos los bienes e igualmente vaciarse de sí mismo. La pobreza evangélica se pone al servicio de los pobres (Cabarrus, 1995, pp. 31-105).

El seguimiento de Jesucristo desde la vocación a la vida consagrada exige de parte del consagrado un amor radical, un amor desde el corazón. Se trata de ser totalmente de Dios. Su corazón ya no es suyo, es de Dios. La afectividad consagrada es un corazón indiviso, Dios se constituye en el único amor, Dios es su plenitud (Sammon, 2003).

El seguimiento de Jesucristo desde la vocación a la vida consagrada exige ser vivida desde la libertad que busca agradar a Dios. El seguimiento a Jesucristo exige ser obediente a la voluntad de Dios. La obediencia es ante todo un acto de amor a la voluntad del Padre: "Aquí estoy Señor para hacer tu voluntad, tu me has llamado." (Cfr. 1S 3,10)

El Concilio viene a subrayar e insistir en la autenticidad y testimonio del consagrado desde la vivencia de los consejos evangélicos a los cuales les dedica apartes del decreto, en sus numerales 12, 13 y 14. Se trata de una mirada verdaderamente actualizadora, donde los votos son presentados con un dinamismo propio, una fuerza de sentido abarcadora de carácter existencial y una proyección de suficiente elocuencia para el mundo y la sociedad.

Para la vida consagrada la vivencia de la pobreza estaba reclamando tiempos y espacios de sencillez de vida y abnegación, austeridad personal y

colectiva, sobriedad y moderación en el uso de las cosas, el respeto y defensa de la naturaleza. El crecimiento desmedido de la pobreza en el mundo les está exigiendo vivir con mayor claridad su voto de pobreza como signo profético de sensibilidad y opción por los pobres en la promoción de proyectos de solidaridad, en hacer frente al hambre y sus causas, en luchar contra la miseria que deshumaniza (Libanio, 2002).

Para la vida consagrada la vivencia de la castidad es un don y como tal ha de ser pedido. Es una respuesta libre que brota del corazón y como tal ha de ser trabajada. Se trata de la manera como cada uno de los consagrados ama y por tanto han de reconocerse, aceptarse, asumirse, integrarse y muchos han de reconciliarse. La castidad es su manera de amar. Ella se hace posible por el contacto contemplativo, afectivo y sacramental con la vida de Cristo; desde allí se hace realidad en su relación con los otros con quienes comparten su amor de consagrados (Fernández y Prado, 2003).

Para la vida consagrada la vivencia de la obediencia les está reclamando tiempos y espacios de formación. El religioso ha de ser educado para la obediencia en libertad. Se ha de fomentar la corresponsabilidad que permita al consagrado alcanzar un nivel de madurez que le lleve a asumir los compromisos con autonomía, vivir responsablemente sus cargos u oficios. Y se ha de fomentar al interior de las comunidades la comunicación y el diálogo sincero fundamentado en la verdad, la serenidad afectiva, la rectitud de intención (Pujol, 1998). Se trata de la clarificación permanente de las motivaciones y justificaciones de destinos, obediencias, opciones, como de respuestas, metas y proyectos; cuanto más claros y conscientes sean los motivos más reales y eficaces serán las respuestas.

Renovar hoy la vida consagrada respondiendo a lo pedido por el Concilio Vaticano II exige la vivencia radical y auténtica de los consejos evangélicos.

Los consagrados han de ser hombres y mujeres pobres; hombres y mujeres cuyo testimonio de pobreza personal y comunitaria sea afectivo y efectivo, se haga realidad en el trabajo asiduo y en actitudes de desprendimiento y total disponibilidad al servicio de los pobres; hombres y mujeres capaces de apasionarse por lo pequeño, optar por la dinámica de la minoridad, estar siempre a favor del débil.

La vivencia de la castidad pasa por la realidad, por la historia, por el aquí y ahora de la vida consagrada. La afectividad consagrada no desconoce el origen del religioso, su familia, su proceso vital de creación, crecimiento y creatividad. El religioso cuenta con lo que es y tiene para colocarse al servicio de la fraternidad que ha de construir.

Los consagrados han de ser hombres y mujeres castos; hombres y mujeres testimonios del amor de Dios que se hace amor humano en rostros concretos y en historias de vidas reales; hombres y mujeres que desde su vivencia libre y alegre de la castidad sean maduros, equilibrados, psicológica y afectivamente sanos, capaces de testimoniar al mundo el gozo de una vida dedicada total y radicalmente al servicio del Reino.

Los consagrados han de ser hombres y mujeres obedientes; hombres y mujeres en constante búsqueda de la voluntad de Dios para una vez hallada, ponerla en práctica, han de vivir libre y alegremente la obediencia queriendo ofrecer su voluntad y autonomía, su capacidad de optar y decidir al servicio del reino.

EN FIDELIDAD AL CONCILIO, UN CAMINO POR RECORRER

El Concilio Vaticano II en su decreto *Perfectae caritatis* ha dado una mirada al interior de la vida consagrada en lo que ella misma nos presenta como signos de los tiempos y lugares. Podríamos afirmar después de este recorrido que hemos realizado cómo el trabajo –del Concilio– al partir de la misma vida consagrada, de su identidad, autenticidad y libertad puede delinear los derroteros que la lleven a recobrar el sentido y el valor de su proyecto de vida: para ser lo que la vida consagrada ha de ser y quiere ser, para poner por obra lo que ha de hacer y quiere realizar, ha de afrontar su estilo de vida en respuesta a los retos y desafíos que el mundo actual le hace.

La propuesta del Concilio es recuperar la identidad de la vida consagrada, volver al sentido de su opción de vida, el deseo de ser fiel a lo que libremente se ha escogido. He ahí el camino que se ha de emprender. Se le exige al religioso ser lo que ha de ser, ser fiel a su identidad. La vida consagrada ha de recuperar su motivación y razón de ser, su fundamento: ser religiosos, hombres y mujeres al servicio del Reino, seguidores de Jesucristo al estilo del carisma propio legado por los fundadores y fundadoras.

La renovación propuesta por el Concilio Vaticano II para la vida consagrada no apuntó a la creación de novedosas fórmulas, nuevas reglas o pequeños manuales normativos de indicadores. La renovación propuesta por el Concilio apuntó a los nodos vitales que constituyen el ser y el actuar del consagrado.

La renovación conciliar quería llegar a la espiritualidad, autoridad, misión, formación, vida comunitaria, a lo práctico y concreto del tejido diario. Se trata no de acciones aisladas, sino de apuntar al ser mismo de la consagración religiosa. Se han de tocar criterios, valores, actitudes que les haga ser los religiosos fieles que siempre han sido, originales, únicos e irrepetibles en su vocación. Y a su vez, los religiosos ser capaces de aportar la novedad del Evangelio, el sabor siempre nuevo del Espíritu, la respuesta que surge de la mirada que discierne, del corazón que crea futuro existencialmente, de las manos artesanas de esperanza. He ahí la creatividad.

Hoy, al celebrar los cuarenta años del Concilio Vaticano II, la mirada de la vida consagrada ha de ser prospectiva: una mirada en el amanecer que está comenzando, en el horizonte que está sin otear, en el camino que está por recorrerse. Se han de reconocer y asumir los problemas, los obstáculos y las limitaciones que se han presentado a lo largo de este tiempo y del camino andado, pero no se puede quedar allí; la doctrina conciliar presenta en germen un dinamismo fundamental desde el enriquecimiento de los textos bíblicos, el seguimiento peculiar de Cristo que supone la profesión de los consejos evangélicos en fidelidad al carisma fundacional, la tradición revitalizada del instituto y la respuesta a los signos de los tiempos y lugares actuales.

Podemos afirmar que a lo largo de estos cuarenta años el estudio sobre la teología de la vida religiosa ha avanzado, se ha visto enriquecido y profundizado. Temáticas en el orden relacional de la vida consagrada y cristología, pneumatología, eclesiología, espiritualidad, han sido abordadas. Los temas relacionados con el carisma, el aspecto carismático de los fundadores, el carácter propio de los institutos, la conservación y adaptación de la impronta propia del carisma fundacional ha sido preocupación constante en el recto esfuerzo de encauzar la vida consagrada en la Iglesia.

El Concilio Vaticano II inicia e impulsa todo un dinamismo existencial de vitalidad, autenticidad y actualidad de la vida consagrada que hasta ahora

se empieza a vislumbrar. La fidelidad creativa exige la participación y comunión de todos los miembros de la comunidad, teniendo en cuenta aquellas motivaciones interiores de una persona como su vida apostólica, la manera como vive su servicio con los otros, su compleja interrelación con otros ministerios, de acuerdo con el espíritu de las constituciones, capítulos generales, disposiciones institucionales, etc. Son los consagrados un cuerpo apostólico unitario y complejo. De ahí que el camino a recorrer debe contar con todos los miembros del cuerpo, caminar paciente y firmemente; acompañando, permitiendo la intervención libre y anudando procesos; sabiendo escuchar a todos y tomando decisiones.

Los principios generales para la renovación de la vida consagrada estaban dados por el Concilio Vaticano II en su decreto *Perfectae caritatis*, 2, pero es en el compromiso vital de los religiosos donde se harán verdad.

BIBLIOGRAFÍA

AAS 58 (1966).

CABARRUS, CARLOS RAFAEL, *Seducidos por el Dios de los pobres. Los votos religiosos desde la justicia que brota de la fe*, Instituto Latinoamericano de Espiritualidad, Narcea, S.A., Madrid, 1995.

DECLoux, SIMON, *Situación de la vida religiosa*, en *Sal Terrae*, 1991.

DECLoux, SIMON, *¿Tiene sentido la vida religiosa?* Mensajero, Bilbao, 1996.

ELLACURIA, IGNACIO, *Conversión de la Iglesia al Reino de Dios para anunciarlo y realizarlo en la historia*, UCA-Editores, San Salvador, 1985.

FERNÁNDEZ, BONIFACIO Y PRADO FERNANDO, *Celibato por el Reino: carisma y profecía. "Como yo os he amado" Jn 15,12*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003.

LATOURELLE, RENE (ED), "Vaticano II: balance y perspectivas. Veinticinco años después (1962-1987)", en *Verdad e Imagen*, 109, Sígueme, Salamanca, 1989.

LIBANIO, JOAO BATISTA, *Discernimiento, vida consagrada y opción por los pobres*, Mensajero, Sao Paulo, 2002.

MADERA, IGNACIO, "Signos del presente y vida religiosa en América Latina", en *Los caminos de la refundación*, Paulinas, Bogotá, 2002.

MADRIGAL, SANTIAGO, "Vaticano II: remembranza y actualización. Esquemas para una eclesiología", en *Presencia Teológica*, 120, Sal Terrae, Santander, 2002.

MARTÍNEZ, DIEZ FELICÍSIMO, *La frontera actual de la vida religiosa. Bases y desafíos de la refundación*, San Pablo, Madrid, 2000.

MARTÍNEZ, DIEZ FELICÍSIMO, *Refundar la vida religiosa. Vida carismática y visión profética*, San Pablo, Madrid, 1994.

MARTÍNEZ, VÍCTOR, *Refundación y profetismo en la vida consagrada*, Pontificia Universidad Javeriana, Facultad de Teología, Colección Teología Hoy, 32, Bogotá, 2002.

MEDELLIN, 12,9.

PUJOL, JUME I. BARDOLET, *El ministerio de animación comunitaria. La vida comunitaria como profecía y misión*, San Pablo, Madrid, 1998.

RUIZ, JURADO MANUEL, "Vida consagrada y carismas de los fundadores", en LATOURELLE, RENE (ED.), *Vaticano II: Balance y perspectivas*.

SAMMON, SEÁN D., *Un corazón indiviso. El sentido del celibato*, Publicaciones Claretianas, Madrid, 2003.